

La Encíclica "Mater et Magistra"

UN RETO A LA CIENCIA

La ciencia del siglo XX es paradójica. Se gloria de poner hombres en órbita y cohetes en la Luna, y no le negamos la gloria. Pero acá abajo, en la Tierra, en nuestro amado y doliente planeta —amamos a la Tierra porque no nos gusta, diré parafraseando a un escritor famoso— acá abajo se baten nuestros orgullosos científicos en retirada vergonzosa en algunos aspectos vitales, y eso sin haber siquiera desenvainado la espada.

Hoy, el Papa de Roma les reta. Que demuestren si son de veras científicos. Que vuelvan la cara al enemigo.

El enemigo se llama ahora la **explosión demográfica**. El mundo crece, sólo América va a llegar en el año 2.000, de seguir a este ritmo, a los 500 millones de habitantes. Es evidente que los recursos alimenticios y vitales no van a alcanzar para tanta gente.

Y la ciencia se bate en retirada. Sin duda que no hace falta ser el mejor odontólogo del planeta para recetar el medio más eficaz contra un dolor de muelas: Se le corta al paciente la cabeza. Pasará lo que pase, pero el dolor de muelas se va. Remedio eficacísimo.

Algo así —con perdón de nuestros hombres de ciencia— es la receta que ellos nos dan contra la explosión demográfica. Que no nazca más gente. Así se arregla el problema.

La Encíclica "Mater et Magistra" llama la atención sobre un dato importante. El problema según el Papa, tiene dos aspectos, y por tanto dos vías de solución. El primer aspecto es el crecimiento de la población del mundo, y la primera solución, simplista ella, sería cortar cabezas. El segundo aspecto, el que de veras agrava el problema o el que lo constituye en problema, es la falta de alimentos y recursos vitales. Mejor diríamos que la crisis se presenta solamente cuando estos dos factores se dan simultáneamente: Crecimiento de población y estancamiento de la producción de alimentos y medios de vida. El primer factor aislado no es problema, sino cuando concurre el segundo. Si se soluciona, pues, el segundo aspecto, queda abierta la vía de solución al problema de la explosión demográfica. Y eso sin cortar cabezas. O sin recurrir al remedio de no dejarlas que vean la luz de este mundo, que es aún peor.

"Dios, en su bondad y en su sabiduría, ha diseminado en la naturaleza **recursos inagotables**, y ha dado a los hombres **inteligencia y genialidad**

a fin de que creen los instrumentos idóneos para apoderarse de ellos y hacerlos servir a la satisfacción de las exigencias y necesidades de la vida. Por lo cual la solución del problema no se ha de buscar en expedientes que ofenden el orden moral establecido por Dios y ciegan los manantiales mismos de la vida humana, sino en un renovado **empeño científico-técnico** de parte del hombre, en profundizar y extender su dominio sobre la naturaleza. Los progresos ya realizados por las ciencias y las técnicas abren por esta vía horizontes ilimitados". (Enc. Mater et Magistra, parte III)

Hay sabios que se unen al Papa en este reto a sus compañeros de ciencia. Por ejemplo, recientemente el profesor Virtanen, finlandés, en la Conferencia de Premios Nobel celebrada este año en Lindau, Alemania. Allí declaró este sabio, para consuelo de los agobiados terrestres que, si bien la población del globo va a llegar a los 6.000 millones al acabar este siglo, descenderá luego la tasa de crecimiento. El hecho de que los 3.000 millones de seres humanos que pueblan la Tierra actualmente no dispongan (en sus dos terceras partes) de medios suficientes para vivir, lo consideró él como una situación pasajera. Cree Virtanen que con intensiva aplicación de los bonos artificiales, fertilización de nuevas regiones por medio de la instalación de sistemas de riego, el cultivo de levaduras, la síntesis de los ácidos grasos, y sobre todo el cultivo de las algas verdes unicelulares, se puede asegurar alimentación suficiente para un mínimo de **veinte mil millones** de hombres. (Siete veces la población actual de la Tierra!). Dicho Profesor, con el cual no parece se pusieran en desacuerdo sus compañeros —premio Nobel—, ve el problema solamente en la organización y aprovechamiento de las nuevas posibilidades, hoy aumentadas por la energía atómica y nuclear usadas para fines pacíficos.

Exactamente como Juan XXIII: "La verdadera solución se halla solamente en el desarrollo económico y en el progreso social, que respeten y promuevan los verdaderos valores humanos, individuales y sociales; es decir desarrollo moral y social, actuados en el ámbito moral, en conformidad con la dignidad del hombre y con **el inmenso valor que es la vida en cada uno de los seres humanos**; y actuados en una colaboración en escala mundial, que permita y fomente una circulación ordenada y fecunda de útiles conocimientos, de capitales y de hombres..." "no recurriendo a medios y métodos que son **indignos del hombre**, y que sólo hallan su explicación en una concepción puramente materialista del hombre mismo y de su vida"

Así de claro. Esos métodos son indignos del hombre. Sobre todo del hombre del siglo XX. ¿No tendrá este siglo de la ciencia, del espacio y del átomo, otra solución que **batirse en retirada**? El Papa invita a los científicos a no ser obscurantistas.

JUSTICIA SOCIAL

La formulación de Juan XXIII es más fulgurante que la de sus Predecesores. No diría yo que aquellos fueran menos exigentes. Pero el Papa actual ha concentrado en una fórmula nueva un nuevo concepto de justicia social, que responde plenamente a la mayoría de edad del trabajador del siglo XX:

“Por tanto, si las estructuras, el funcionamiento, los ambientes de un sistema económico, son tales que comprometan la **dignidad humana** de cuantos allí despliegan sus actividades, o les entorpecen sistemáticamente el sentido de **responsabilidad**, o constituyen un impedimento para que pueda expresarse su **iniciativa personal**: Un tal sistema económico es injusto, aun en el caso de que la riqueza producida en él alcance niveles y sea distribuida según criterios de justicia y equidad” (Enc. Mater et Magistra, parte II)

Ya sabíamos que el máximo de producción no es índice de la justicia de un sistema. Es posible que, en un período dado, —creemos que a la larga no— el sistema soviético de la total despersonalización del trabajador logre alcanzar índices más altos de producción. **Máximo** de renta nacional no es el objetivo, sino un **óptimo**, que puede coincidir con el máximo o estar por debajo de él.

También nos hacemos todos eco de la segunda característica que el Papa anota, que es, en el orden de la justicia, la primera: Tiene que haber una recta distribución, según justicia y equidad, para que un sistema social sea justo. Y por recta distribución entiende el Papa no una distribución igualitaria que a todos da lo mismo —igualdad sería injusticia, porque las cualidades morales, personales y profesionales son diversísimas— sino una participación equitativa de la renta nacional según la dignidad humana del trabajador y su familia como mínimo vital; según su efectiva aportación a la producción, por lo que en caso de **autofinanciamiento** la empresa está obligada a dar a sus obreros acciones u otra forma de copropiedad en ella; entiende además que se dé a **todos** posibilidad de propiedad privada aun de los medios de producción, es decir, una efectiva difusión de la propiedad privada en todas las clases o capas sociales.

Todos estos eran postulados de la doctrina social católica, que —es interesante anotarlos— coinciden en su totalidad con la posición actual y las exigencias en este campo del socialismo moderado, no marxista, por ejemplo del actual socialismo alemán en sus mejores representantes como Weisser, von Knoeringen y el propio jefe del Partido Socialista, Erich Ollenhauer, por no citar a Willy Brandt, candidato del Partido en las próximas elecciones de Septiembre al puesto

de Canciller. (Cosa distinta son ya algunos representantes avanzados del Sindicato de Hierro y Acero, que todavía propugnan conceptos netamente marxistas y no cuentan con la aprobación del socialismo oficial alemán).

Pero la condición nueva del Papa, la nueva exigencia de **justicia social**, viene dada en el primer inciso del párrafo. Hace falta que la empresa, la organización del trabajo, de al trabajador de cualquier categoría— no sólo a las esteras superiores de dirección y organización— posibilidad de desarrollarse como hombre. Que proteja y tutele su dignidad personal, que envuelva un despliegue conveniente de su **responsabilidad** y su **iniciativa**. En otras palabras, donde el obrero, así se le den todas las mejoras de salario, todas las prestaciones sociales legales y supralegales, así se le den inclusive acciones en la empresa, casa propia, etc. etc. donde esé **hombre** queda reducido, en palabras del mismo Juan XXIII a “un silencioso ejecutor, sin posibilidad ninguna de hacer valer su experiencia, enteramente pasivo respecto a las decisiones que dirigen su actividad”, esa empresa comete una **injusticia social**.

Porque empresa no es solamente una unidad de producción. Es también, debe ser “una comunidad de personas en las relaciones, en las funciones y en la posición de todos los sujetos de ella” Donde el trabajo se concibe, “no sólo como fuente de entradas, sino como cumplimiento de un deber y prestación de un servicio. Eso implica también que los obreros puedan hacer oír su voz y entregar su aporte para el eficiente funcionamiento y desarrollo de la empresa. Ya observaba nuestro Predecesor Pío XII: La función económica y social que todo hombre aspira a cumplir, exige que no esté sometido totalmente a una voluntad ajena en el despliegue de la actividad de cada uno”.

Esto, si era obvio y legítimo ayer, es una necesidad que se impone hoy. Ese **hombre** que trabaja en la empresa, es hoy portador de una voz, capaz de depositar un voto en las decisiones de más trascendencia en la vida nacional. Esa democracia titular será ficticia si no comienza en el sitio mismo en que ese hombre vive y trabaja, si allí no se le educa y se le dan posibilidades de desarrollar la iniciativa y la responsabilidad de que va a dar muestra en la vida política.

Que los empresarios católicos no se llamen a engaño. Se acabaron los días del **paternalismo**. No importa que traten con todo cuidado al obrero si olvidan que es un hombre, tan hijo de Dios como ellos. Si no le dan posibilidad de desarrollar su humanidad que es iniciativa y responsabilidad en el trabajo, lo están matando como hombre. Que se acusen de **injusticia social**.

JOSE MANUEL RUIZ, S. J.